

LA CONQUISTA DEL NUEVO MUNDO

M. Teresa Fau Ramos

Universitat de Barcelona

ABSTRACT

Greek mythical tradition presents colonization as a conquest, to civilized world, of rich lands still occupied by dangerous elements. In order to fight against them, colonial expeditions leaders could receive divine support and also they could follow Heracles' paradigmatic behaviour.

La apasionante aventura que constituye la colonización griega no es, en absoluto, ajena a la tradición literaria, que proporciona sugestivas –y abundantes– noticias al respecto¹. Del cúmulo de información que, suministrada por los antiguos, ha llegado a nuestras manos, nos proponemos entresacar ciertos datos que, en un contexto mítico, se relacionan con la figura del *oikistés*, el líder de la colonia.

Dicho personaje tiene, entre otras obligaciones, el deber de guiar la expedición colonial, tarea ciertamente ardua en la que, por fortuna, puede contar con la colaboración divina. En efecto, Apolo, desde el santuario oracular de Delfos, gusta de dirigir la migración, a la vez que pondera ante el *oikistés* las excelencias del Nuevo Mundo². Así, no es extraño que el territorio destinado a acoger a los colonos sea calificado por la Pitia como un regalo de la divinidad³, o que se enaltezca su extensión⁴, su capacidad para la cría de ganado⁵, su productividad agrícola⁶, su *areté*⁷, en definitiva.

Pero esta tierra tan bien dotada por la naturaleza adolece de un grave inconveniente: no ha sido todavía habitada por seres civilizados y, por tanto, se halla bajo el dominio de la vegetación, los animales salvajes y –algo mucho peor– los hombres bárbaros. El *oikistés* deberá enfrentarse a

¹ Cf., sin ir más lejos, la obra de G. GIANNELLI, *Culti e miti della Magna Grecia*, Florencia 1924.

² Cf. H.W. PARKE y D.E. WORMELL, *The Delphic Oracle*, vol. II, Oxford 1956.

³ D.S. VIII 17, 2 y 21, 3.

⁴ Id. 29, 1.

⁵ Hdt. IV 155 y 157.

⁶ D.S. VIII 17, 1.

⁷ Iamb. V.P. 2.

todos estos elementos, dominarlos y, si necesario fuera, proceder a su eliminación, cosa que puede acarrearle dificultades, serias en unos casos, más bien livianas en otros.

Liviano es, en efecto, el contratiempo que sufre un líder colonial llamado Locro, personaje a quien el oráculo había ordenado edificar una ciudad allí donde resultara mordido ὑπὸ κυνὸς ξυλίνης. El hecho, aparentemente imposible, sucedió el día en que Locro, sin darse cuenta, pisó una planta llamada κυνόσβατος, de naturaleza espinosa⁸, que le ocasionó una herida en el pie⁹.

La benignidad del episodio que acabo de reseñar contrasta con la dureza de otras situaciones en las que se llega a producir un auténtico enfrentamiento entre el elemento representante de la no-civilización y el ser civilizado. Así, una tradición mítica reportada por Ateneo (VIII 361) relaciona la construcción de Éfeso con la muerte previa de un jabalí¹⁰, mientras que Conón (*F. Gr. H.* I 26, p. 192) refiere un caso semejante en el que el animal abatido antes de la acción fundacional es un león. Puede ocurrir también que no sea la fiera, sino el *oikistés* quien pierda la vida, tal como ocurriera con Anceo, muerto por un jabalí cuando intentaba proteger unos sembrados¹¹. O que, en vez de entablarse una lucha, se produzca, sin más, la huida de la bestia¹².

Si dañinos son los animales salvajes, mucho más pueden serlo los hombres bárbaros. Véase, si no, el caso de Filoctetes, que murió defendiendo a unos rodios ante la acometida de ciertos indígenas¹³. Véase asimismo el episodio que Plutarco (*Mul. virt.* 7) hace protagonizar a unos colonos melios que, llegados a territorio cario, suscitaron el temor de los nativos, los cuales les invitaron a un banquete con el propósito —afortunadamente para los helenos, no satisfecho— de acabar con ellos.

Los bárbaros, esos individuos pertenecientes a un mundo todavía no civilizado, esos sujetos incapaces de respetar un símbolo de la hospitalidad y de la vida humana bien ordenada como es el banquete, se hallarían, en cierto modo, próximos a las fieras y, por tanto, se habrían hecho igualmen-

⁸ Ath. II 70c.

⁹ Plu. *Quaest. Graec.* 15.

¹⁰ Sobre el carácter emblemático de «enemigo de la civilización» que puede asumir la figura del jabalí, cf. *H. IX* 539-46, *APOLLOD.* II 5, 4, etc. Remitimos asimismo a M. DETIENNE, «L'olivier: un mythe politico-religieux», *Problèmes de la terre en Grèce ancienne* (dir. M. I. Finley), Paris-La Haya 1973 (p. 293-306).

¹¹ Arist. *Fr.* 571.

¹² Piénsese en aquellos lobos que escapan al ver aproximarse al futuro *oikistés* Atamante (*APOLLOD.* I, 9, 2). En otros casos, la pugna con el animal puede tener aspectos más bien jocosos. Esto sucede, por ejemplo cuando los miembros de una expedición colonial son objeto de la «agresión» de unos ratones, que, de noche, roen las correas de los escudos y las cuerdas de los arcos, cumpliéndose así una indicación oracular según la cual los colonos debían construir una ciudad allí donde fueran atacados por γγγεινείς (*Ael. N.A.* XII 5).

¹³ Arist. *Mir.* 107.

te acreedores al exterminio. No es de extrañar, pues, que un héroe como Bizante, tan íntimamente relacionado con la fundación de Bizancio, pasara sus años mozos lidiando πρὸς τοὺς θῆρας καὶ τοὺς βαρβάρους¹⁴. Ni que un celeberrimo pasaje de Isócrates (*Panath.* 12) sostenga que, después de la lucha de los hombres contra las bestias, la contienda más justa y necesaria es la que libran los griegos contra los bárbaros, sus enemigos por naturaleza. Ni, tampoco, que en un diálogo platónico¹⁵ se aconseje pelear contra los bárbaros hasta su total destrucción.

En su combate contra los indígenas y las fuerzas representantes del mundo no civilizado en general, el *oikistés* cuenta con gran número de recursos. Entre ellos cabe destacar la existencia de un modelo referencial como es Heracles.

En efecto, el hijo de Alcmena, en el curso de sus expediciones, ha tenido ocasión de enfrentarse con toda suerte de elementos nocivos y salvajes. Y ha actuado siempre con el rigor y la contundencia que el caso requería, sin amilanarse, hasta alcanzar su objetivo civilizador¹⁶. Hará bien, pues, el *oikistés* en seguir este ejemplo¹⁷ y en utilizar, cuando convenga, la violencia contra aquellos seres que se atrevan a oponerse a la instauración del orden. Y en la lucha, por muy encarnizada que ésta sea, no deberá experimentar temor o desánimo. Al fin y al cabo, la divinidad —tal como apuntábamos al principio de este breve artículo— le ha hecho donación del Nuevo Mundo. Y le conforta y le alienta con exhortaciones como la siguiente:

ἐνθα σε βάρβαροι ἄνδρες, ἐπὶ Λιβύης ἐπιβῆης,
 βαιοφόροι ἐπίαισι· σὺ δ' εὐχόμενος Κρονίωνι
 Παλλάδι τ' ἐγρεμάχῃ γλαυκῶπιδι καὶ Διὸς υἱῷ
 Φοίβῳ ἄκερσεκόμῃ νίκην ὑποχείριον ἔξεις,
 καὶ μάκαρος Λιβύης καλλιστεφάνου βασιλεύσεις
 αὐτὸς καὶ γένος ὑμόν· ἄγει δέ σε Φοῖβος Ἀπόλλων¹⁸.

¹⁴ Hsch. Mil. F. Gr. H IIIB 390, p. 267.

¹⁵ *Mx.* 242D.

¹⁶ Heracles, luchador implacable contra los bárbaros (Isoc. *Phil.* 5) y contra las fieras (D.S. IV 17, 3), recibe elogios por la eficacia de su tarea civilizadora (E. *H.F.* 849-853). El carácter ordenador y positivo de este personaje es enfatizado por B. Gentili, [*«Eracle omicida giustissimo», Il mito greco. Atti del convegno internazionale*, (dir. B. Gentili y G. Paione), Roma 1977 (p. 299-305)], mientras que G.S. Kirk [*«Methodological reflexions on the myths of Heracles»*, *o.c.* (p. 285-297)] remarca sus aspectos salvajes y negativos. Sobre el hijo de Alcmena en el contexto de los héroes griegos, cf. A. BRELICH, *Gli eroi greci, un problema storico-religioso*, Roma 1958, reimpr. 1978.

¹⁷ Diversos testimonios establecen una estrecha relación entre Heracles y la figura del *oikistés*. Véase, a este respecto, D.S. IV 29, 3-6, donde nuestro personaje se implica personalmente en la organización de una empresa colonial paradigmática.

¹⁸ D.S. VIII 29, 1. Tal vez deba añadirse que, en la representación mítica helena, el hecho de no consultar al oráculo supone el fracaso del *oikistés* (cf. Hdt. V 42).